



Sánchez Meca, D., Herrera Guillén, R., Villacañas, J.L., *Totalitarismo: la resistencia filosófica (15 estudios de pensamiento político contemporáneo)*, Madrid, Editorial Tecnos, 2018, 287 pp.

El concepto de “totalitarismo” comenzó a ser utilizado en los años treinta del siglo XX a la luz de la coyuntura política, paradójica y compleja, a la que hubo de enfrentarse Europa en el período de entreguerras. Con esa denominación se trataba de aprehender un fenómeno nuevo que, como diría Hannah Arendt, se encontraba más allá de las categorías que habían servido para comprender las estructuras políticas clásicas y, por lo tanto, enfrentaba a formas de dominación nuevas e imprevistas, para las cuales el pensamiento filosófico tradicional se hallaba inerme e incapaz de hallar herramientas de aproximación. El totalitarismo, por lo tanto, exigía, de acuerdo con la filósofa judía, nuevas formas de pensamiento capaces de dar cuenta de una realidad política que se había abierto a lo inimaginable e inasumible y se caracterizaba, frente a la limitación tradicional de lo político, por el carácter incierto, fluido e ilimitado. La esencia del totalitarismo podía ser expresada, de acuerdo con Arendt, por un rasgo crucial y terriblemente inquietante: todo es posible. El concepto de ‘totalitarismo’, acuñado bajo la presión de una urgencia política inmediata, fue, sin embargo, ampliamente contestado y atacado desde un principio; amplios sectores de la izquierda, alineados entonces con la Unión Soviética de Stalin y sumisos a las directrices que de ella emanaban, tacharon la noción de “artificio imperialista” usado para desacreditar al comunismo soviético y fortalecer a las “decadentes” democracias occidentales. El debate fue intenso y exacerbado, plagado de excomuniones, condenas y “autocríticas”. No obstante, el paso de los años ha terminado por asegurar un lugar al totalitarismo en el vocabulario político, mostrando la incisiva relevancia de un nombre otorgado a lo más siniestro y amenazante que, todavía hoy, alberga el catálogo de las realidades políticas.

El volumen que comentamos reúne con acierto un conjunto de incursiones filosóficas en la siniestra realidad del totalitarismo. A lo largo de los años, filósofos, escritores, artistas, fueron elaborando un léxico y una sintaxis para aprehender la amenaza totalitaria y cavar trincheras para enfrentarse a ella. De este modo, lo que comenzó siendo un balbuceo de horror tomó la forma de un puñado de posiciones –al mismo tiempo especulativas y prácticas– que trazaron una suerte de red conceptual de contención y respuesta a las poderosas fuerzas totalitarias del mundo contemporáneo. Lo que esas posiciones significan se recoge en el título de la obra: la creación de un arsenal de ideas filosófico-políticas capaz de hacer frente, de resistir los embates de la bestia totalitaria; las diversas y variopintas tentativas de convertir a la filosofía en aliada de los poderes de la vida y la libertad frente a los de la destrucción y el horror, o, como afirma Rodrigo Castro en su artículo dedicado a Foucault y

Marquard, y citando al primero: “ (...) pensar que la filosofía pueda asumir el papel de contrapoder”¹.

Muy diversos pensadores se dan cita en los quince estudios que conforman el volumen: Arendt, Marcuse, Thomas Mann, Polanyi, Rawls, Spinoza, Maimónides, Weber, Ortega y Gasset, Foucault, Nancy, Marquard, Heidegger, Musil, Doderer, Voegelin, Adorno; en todos ellos, a pesar de las diferencias, a veces notables, los autores del volumen –nombres de sobra conocidos en el panorama filosófico español– detectan contenidos fundamentales para entender la filosofía como una resistencia conceptual al totalitarismo que, necesariamente, ha de desembocar en la *praxis* política. En conjunto, la obra explora una trama posible de conceptos e ideas que, sin componer un bloque liso ni fundirse en una posición política unitaria, conforman distintos núcleos filosóficos de crítica y lucha real contra la amenaza totalitaria. De estos conceptos, nos gustaría alumbrar algunos que nos parecen de relieve y son capaces de delinear una constelación específica de oposición y lucha, no sólo ante el totalitarismo pasado, sino también ante el presente y el venidero, dado que, tal y como recoge Cristina Rodríguez en su estudio sobre Jean-Luc Nancy, el totalitarismo es “el horizonte insuperable de nuestro tiempo”².

La contraposición de una democracia callejera e informe y una basada en instituciones y regida por ley sirve, en el estudio con el que José Luis Villacañas abre la obra, para sostener una perspectiva sobre la importancia de la posición de Max Weber ante Weimar. Frente a una democracia llamada a allanar cualquier límite y a expresarse sin mediación ninguna como voluntad del pueblo, el sociólogo alemán defendió la necesidad de las barreras legales, los medios institucionales y la estructuración como modo de evitar la conversión del *demos* en fuerza ciega dominada por la demagogia. Esta ambigüedad de la democracia, que, dependiendo de su concreta plasmación, puede llegar a ser tanto freno como acicate del totalitarismo, conduce al estudio de Diego Sánchez Meca, donde se trata la figura de Thomas Mann y su compleja postura política ante el ascenso al poder de Hitler y el nacionalsocialismo. En relación con el escritor alemán y su *final* oposición al nuevo régimen, es posible comprender el totalitarismo, no sólo como una catástrofe que muchos no pudieron enfrentar, sino como una tentación específicamente moderna capaz de hacer presa incluso en las filas de los más cultivados y brillantes, como ocurrió en el caso de Heidegger, examinado, a su vez, por Alejandro Escudero y Paloma Martínez en sendos artículos. En éstos, se aborda la relación entre Modernidad y totalitarismo, haciendo explícito –en relación con el caso Heidegger– algo que ya fue apuntado por Arendt: el totalitarismo no es un fenómeno que pueda limitarse a los regímenes de los años treinta y cuarenta, sino una semilla latente y constitutiva de la Modernidad política, un núcleo subterráneo que se incardina en el centro mismo de la estructura política y social actual y articula diferentes efectos imprevisibles, desde el totalitarismo explícito y brutal hasta formas menos desnudas pero también mortíferas como el neoliberalismo o algunos populismos actuales. La presencia larvada de los principios y fuerzas totalitarias en los orígenes mismos de la Edad Moderna son subrayados en el estudio de Rafael Herrera Guillén sobre Maimónides. En éste, la conceptualización de una posibilidad de totalitarismo se pone en relación con la extensión de la duda y

¹ Sánchez Meca, D., Herrera Guillén, R., Villacañas, J.L. (coordinadores), *Totalitarismo: la resistencia filosófica. (15 estudios de pensamiento político contemporáneo)*, Madrid, 2018, Editorial Tecnos, p. 99.

² *Ibidem*, p. 63.

su utilización por el poder para dismantelar la vida comunitaria y propiciar la rendición ante sus pretensiones absolutas de dominio: “(...) aquel que tiene el poder sobre la duda gobierna la vida de los hombres”³.

La presencia de Arendt y su novedosa aproximación al totalitarismo en *Los orígenes del totalitarismo* parece recorrer todo el volumen como un hilo rojo de significación que entrevera el conjunto de las diferentes aportaciones para conformar una diversidad armonizada sobre preocupaciones comunes; así, Antonio Rivera, al aproximarse a Voegelin y Doderer, recoge en éstos la resonancia del capital papel que puede desempeñar la ideología como motivo impulsor y cohesionador de una expansión sin resto del poder sobre la integridad de la vida social, individual y política, lo que López Sáenz enfatiza al desarrollar la crítica de Marcuse al totalitarismo presente en la unidimensionalidad de las sociedades occidentales, gobernadas por la homogeneización – sólo aparentemente desideologizada– operada por el mercado y la publicidad; el liberalismo económico y sus derivados, desde este baluarte, no pueden contemplarse como “lo otro” del totalitarismo, sino, más bien, como “su” propio otro, su forma germinal y germinadora, de manera que el totalitarismo toma del mismo liberalismo “la interpretación naturalista de la sociedad y el racionalismo liberal que acaba en irracionalismo”⁴. En esta misma dirección, César Ruiz Sanjuan aborda la obra de Polanyi y afirma que “(...) estos grandes procesos de transformación que ponen fin al orden liberal tienen que ser explicados a partir de la *evolución interna* de la sociedad de mercado, y no a partir de factores externos a la misma”⁵, dado que es la utopía de un mercado autorregulado, violentamente instaurada a través del poder del Estado, la que, a través de la descomposición del tejido social y la atomización de los individuos culminada en el siglo XIX, propició una crisis descomunal en las sociedades europeas que terminó por conducir a las “soluciones” totalitarias. Esto, sin embargo, no quiere decir en ningún caso que el mismo liberalismo sea un bloque monolítico, sino que exige, antes que nada, un ejercicio de comprensión profunda de sus bases y una aproximación crítica capaz de, en el seno de la crisis sin precedentes de los modelos liberales implantados a partir del siglo XIX, salvar aquellos nudos de crucial significación política que configuran una resistencia efectiva a las tendencias totalitarias presentes en las sociedades contemporáneas. Esto es lo que llevan a cabo, de maneras distintas, Jorge Brioso y Jesús Miguel Díaz Álvarez en su estudio sobre Ortega y Gasset y la razón histórica, por un lado, y Juan Manuel Forte, por otro, en el suyo sobre Rawls; los primeros, aclarando aspectos cruciales de la visión política de Ortega: su crítica al “viejo” liberalismo construido exclusivamente en torno al primado de la libertad negativa –inútil para la conformación de un proyecto verdaderamente común–, así como la idea de un “nuevo” liberalismo capaz de vincularse verdaderamente a la constitución vital de la sociedad europea; el segundo, recurriendo a la apelación rawlsiana hacia ciertos soportes irrenunciables del liberalismo político que no pueden ser descartados en vistas a su efectivo rédito como diques del totalitarismo y garantes de todo proyecto de sociedad verdaderamente libre.

La obra de Arendt es estudiada explícitamente en el artículo de Ana Carrasco Conde mediante la utilización de figuras literarias –método tan del gusto de la filósofa– que ilustran las posiciones contrapuestas que los individuos pueden adoptar

³ Ibidem, p. 194.

⁴ Ibidem, p. 110.

⁵ Ibidem, p. 237.

frente al poder y el terror totalitarios; así las consecuencias perversas de la carencia de pensamiento –como en el caso real de Eichmann–, la búsqueda del puro poder (Franz Moor) y la deshumanización extrema (Señor Kurtz) se caracterizan como “figuras oscuras de tiempos oscuros”, verdaderos contraejemplos de aquellas otras que, de acuerdo con Arendt, no dejaron que se apagara la luz del pensamiento y la libertad durante los “tiempos de oscuridad” del nazismo y el estalinismo. En relación con esto, Inmaculada Hoyos muestra en Spinoza un poderoso antídoto contra la hegemonía del miedo sobre las pasiones alegres, desde el convencimiento spinoziano de que las pasiones tristes reducen al individuo a la impotencia, mientras las alegres lo vinculan a formas plurales de acción y, consecuentemente, de libertad. Otro filósofo judío, Theodor Adorno, cierra el volumen con un estudio de Jordi Maiso en el que la pasión alegre de la libertad, al ser enfrentada con el estado absoluto de “no-libertad” cristalizado en el nazismo, es entendida desde la posibilidad de un nuevo imperativo categórico que cierre terminantemente el paso a nuevas tentaciones y experimentos totalitarios: “Hitler ha legado a los seres humanos en su estado de no-libertad un nuevo imperativo categórico: orientar el pensamiento y la acción de modo que Auschwitz no se repita, que no ocurra nada semejante”⁶.

En suma, la publicación aquí reseñada es un importante intento de componer diferentes estrategias de oposición al totalitarismo que añade, a los análisis de posiciones separadas, la idea de que sólo desde una integración de tantas posiciones como sea posible se hará efectivo un poder filosófico anti-totalitario duradero, eficaz y esperanzador.

Francisco Borja Lucena Góngora
IES Antonio Machado
lugongora@yahoo.es

⁶ *Ibidem*, p. 276.